

## Lecturas atentas

Una visita desde la ficción y la crítica a  
veinte narradoras cubanas contemporáneas

Mabel Cuesta  
Elzbieta Sklodowska (eds.)

ALMENARA 

CONSEJO EDITORIAL

Luisa Campuzano	Waldo Pérez Cino
Adriana Churampi	Juan Carlos Quintero Herencia
Stephanie Decante	José Ramón Ruisánchez
Gabriel Giorgi	Julio Ramos
Gustavo Guerrero	Enrico Mario Santí
Francisco Morán	Nanne Timmer

© de los textos, sus autores, 2019

© Almenara, 2019

[www.almenarapress.com](http://www.almenarapress.com)

[info@almenarapress.com](mailto:info@almenarapress.com)

Leiden, The Netherlands

ISBN 978-94-92260-40-6

Imagen de cubierta: Juan Miguel Pozo, *Horizont* (2016). Cortesía del artista.

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this book may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the written permission of both the copyright owner and the author of the book.

# HURACÁN

Ena Lucía Portela

Es mi decisión. Mía, solo mía, y no pienso discutirla con nadie. Estoy en mi derecho, ¿no? La tomé a fines de los noventa, cuando tenía unos veintidós o veintitrés años, no recuerdo bien. Lo que sí sé es que lo hice en pleno ejercicio de mis facultades mentales, que no estaba borracha ni bajo el efecto de ninguna droga. Claro que suele dudarse de las facultades mentales de alguien que toma «en frío» una decisión de tal naturaleza, aparentemente sin motivos. Justo por eso no quiero discutirla con nadie. Ya estoy aburrida de que me tilden de loca.

La primera oportunidad se me presentó en octubre de 2001, cuando el huracán Michelle. Para ese entonces ya mamá había fallecido (el corazón, los disgustos...). Gracias a las gestiones de no sé cuál organización internacional de derechos humanos, papá había salido por fin de la cárcel... directo hacia el avión. Ahora vivía en L.A., California. A mi hermano el Nene, el mayor, le habían descerrajado un tiro en la nuca, sabrá Dios por qué. Algo inconcebible. Porque el Nene, que yo sepa, nunca tuvo nada que ver con nada. Ni política ni narcotráfico ni la mujer del prójimo. Solo era un poco distraído, como ausente, igual que mamá. Leía mucho. Poesía, sobre todo. Le encantaba W. H. Auden. Era un buen tipo. Supongo que lo mataron por estar, como quien dice, en el momento y el lugar equivocados. O tal vez lo confundieron con otro. En fin, no sé. En nuestra casa del Vedado, ya bastante deslucida pero aún sólida, nada más quedábamos mi hermanito el Bebo y yo.

Eran las tres y pico de la madrugada, a comienzos de aquel octubre. El Bebo dormía en su cuarto y yo, acurrucada en el sofá de la sala, miraba la televisión. Casi nunca transmiten nada a esas horas, excepto las Olimpiadas o el Mundial de Béisbol, cuando ocurren en países lejanos, o las noticias acerca de algún huracán muy horrible que ande por países cercanos. Y ahí estaba. Michelle. Como la canción de los Beatles. *Michelle, ma belle...* Nombre glamoroso para un monstruo de categoría 5 en la escala Saffir-

Simpson, lo cual significa vientos máximos sostenidos por encima de 250 km/h. Y rachas que pueden ser muy superiores, sobre los 300 km/h, o aún más. Lo peor que uno pueda imaginar en materia de ciclones.

Así pues, la capital y todo el occidente y el centro de la isla grande, junto a la Isla de Pinos y algunos cayos adyacentes, estaban en fase de alarma ciclónica. En unas horas el huracán entraría en el archipiélago cubano. Pero nadie sabía por dónde. Entraría. Punto. Ni en el Observatorio de Miami ni en el de Casablanca se aventuraban a emitir un pronóstico más preciso acerca de su trayectoria. En la TV, de pie junto a las imágenes del satélite (misteriosas, como siempre, jamás las he comprendido), y algunos mapas climáticos, el director del Instituto de Meteorología no paraba de hablar. Decía: Ubicación actual, tantos grados de latitud norte y mascuantos de longitud oeste. Velocidad de traslación, más bien lenta... ¡Hum! Malo, malo... se secaba el sudor de la frente con la manga de la camisa. Precipitaciones, tantos milímetros. Presión atmosférica, mascuantos hectopascales. Velocidad de los vientos huracanados... ¡Uf! Muy fuertes, fortísimos... ¡Hace décadas que no se veía algo como esto! Pero mantengan la calma, ¿eh? –volvía a secarse el sudor. Hay que mantener la calma, estimados televidentes, y cumplir con las orientaciones del Estado Mayor de la Defensa Civil para casos de ca... ca... catástrofe... Pobre tipo. A la legua se le notaba el miedo, las ganas de mandar a la porra al puñetero Estado Mayor con todas sus malditas orientaciones, y salir corriendo como alma que lleva el diablo. Claro que correr no tenía sentido. No llegaría a ninguna parte.

Luego aparecieron en pantalla imágenes de la CNN en español. Con una lentitud escalofriante, Michelle había ido bordeando la costa caribeña de Centroamérica y los periodistas iban tras él (o tras ella, ¿no?) con sus cámaras y micrófonos. A prudencial distancia, por supuesto. Las imágenes eran espantosas. Crecidas de ríos, casas desplomadas, árboles arrancados de cuajo, cadáveres de personas y de animales flotando en el agua sucia, toda la miseria y el sufrimiento del mundo en los ojos de los sobrevivientes, que para colmo de males eran gente pobre, cuyos gobiernos –dijeron algunos de ellos– no los tomaban en cuenta para nada y no los ayudarían a recuperarse, etc. Algunos indígenas, que quizás no hablaban español, permanecían en silencio, muy serios, con el entrecejo fruncido. Aunque en realidad no hubo tantas entrevistas. Muchas zonas habían quedado aisladas por las inundaciones, resultaban inaccesibles por tierra, así que las imágenes

(pura devastación) eran tomadas desde un helicóptero. Una voz en off iba diciendo en tono dramático: esto es en Nicaragua... esto, en Honduras... esto, en Guatemala... A la altura de Belice –dijo la voz en off– el poderoso huracán ha salido nuevamente al Caribe, donde ganará en organización e intensidad. Ahora se dirige hacia Cuba...

Y en ese momento, justo en ese momento, apenas la voz hubo pronunciado la palabra «Cuba», ¡paf!, se cortó el fluido eléctrico.

Imagino cómo debieron sentirse los estimados televidentes de las tres y pico de la madrugada, que seguro eran millones, ante aquella oscuridad. Creo que escuché unos gritos a lo lejos. No sé. Ni Stephen King hubiera inventado algo más terrorífico.

En lo que a mí respecta, no tenía ningún miedo. No es que yo sea muy valiente, qué va. Desde niña padecí toda clase de terrores. Fueron muchos, demasiados. Tantos, que vivía en perpetua zozobra, mordiéndome las uñas, con un nudo en la garganta... Pero cuando tomé la decisión, a fines de los noventa, desaparecieron todos como por arte de magia. ¡Zas! Fue como una especie de exorcismo. Ni siquiera volví a tener pesadillas. Ahora, con el corte de la electricidad, solo me preocupaba que mi hermanito fuera a despertarse por causa del calor. Porque la noche estaba caliente, húmeda, pegajosa, y él, sin ventilador...

El Bebo no era ningún chamaco. Nada de eso. Con solo tres años menos que yo, no le faltaban fuerzas para arruinarme los planes. Y trataría de hacerlo, desde luego. Siempre lo hacía. No quiero decir que él fuera violento, que me maltratara o algo por el estilo, no. Pero tenía un lado Aliosha Karamázov francamente insoportable. Cuando empezaba con aquello de que el Señor nos ama a todos y que debíamos buscar la salvación de nuestras almas y no sé qué más, no había forma de pararlo. Yo le decía: Ay, Bebo, por favor, déjame en paz... Y él: ¿Pero qué dices, Mercy? ¡Déjate en paz tú a ti misma! Deja que el Señor entre en tu corazón... Y cosas así. Mejor que no se despertara.

En medio de la oscuridad, fui a sentarme en el poyo de la ventana que da al portal. Silencio absoluto. Ni los grillos del jardín chirriaban. Tal vez se habían largado con su música a otra parte. He oído que los animalejos perciben la inminencia de los desastres naturales mucho mejor que nosotros, que sin satélite y radares no percibimos nada de nada. Quién sabe. El hecho es que aún no soplabla la más mínima brisa. La noche estaba clara, despejada,

con luna y estrellas y todo eso. De no ser por la TV, nadie hubiera sospechado que se nos venía encima un huracán, y de los más apocalípticos. Mis ojos («de gata», decía el Nene) se adaptaron enseguida a la oscuridad. Prendí un cigarrillo. Aún no era el momento, no había que apresurarse. Permanecí allí, fumando, contemplando la noche, durante varias horas. No pensaba en nada. No tenía nada en qué pensar. El Bebo, por suerte, no se despertó.

Al filo del amanecer, me bajé del poyo. Estiré las piernas. Según mis cálculos, ya era hora de entrar en acción. Sigilosa, procurando no tropezar con nada, fui hasta el cuarto de mi hermanito, en el fondo de la casa. Ahí estaba él, con la ventana abierta, arrebujado entre las sábanas. Ajeno al calor, a la inminente visita de Michelle y a mis propósitos, dormía como un tronco. Vaya sueño glorioso, pensé.

Ni el Bebo ni yo trabajábamos. Con nuestros antecedentes, nadie nos hubiera dado un empleo que no fuese en la agricultura o en la construcción. No eran antecedentes penales, no habíamos cometido ningún delito. O quizá sí. Depende del punto de vista. Hay acciones, u omisiones, que son legales en unos países y en otros no, según el sistema de gobierno. De manera que sobrevivíamos, mal que bien, gracias a las remesas que nos enviaba un amigo de papá desde los Estados Unidos. Se suponía que en algún momento de nuestra era partiríamos al exilio, para volver a reunir a la familia, o lo que quedaba de ella. Pero hacía falta un permiso de salida de Inmigración, que no llegaba (aún no llega). El Bebo, con su problema de la columna, no era apto para el servicio militar. Eso era bueno, porque en caso contrario se hubiera declarado objetor de conciencia y sabe Dios lo que hubiese ocurrido. En cuanto a mí... digamos que apenas existía, que apenas existo. Vamos, que no peso ni cien libras. Según los hombres de este país, tan adictos a las masas y los volúmenes, soy ojos verdes, pelo largo y nada más. ¿Qué interés podría tener alguien en retenerme en un lugar o en otro? Nada, que no entiendo la demora con el permiso de salida. Pero me da igual. Oh, sí. Ya desde entonces me daba igual. En esta vida hay muchas cosas que no entiendo.

El Bebo tampoco entendía. Pero él sí que se lo tomaba a pecho. Durante algún tiempo estuvo muy, pero que muy ansioso, incapaz de concentrarse en nada, loco porque acabáramos de largarnos de una cabrona vez —decía—, a cualquier parte, aunque fuera a Tombuctú. Porque además sentía que nos vigilaban, que habían pinchado nuestro teléfono para espiar nuestras

conversaciones privadas, que merodeaban por los alrededores de la casa (vestidos de paisano, claro, para que no se les viera lo policial, ¡como si pudieran engañar a alguien!), en fin, que pretendían aniquilarnos. Yo le preguntaba quiénes y él me respondía que ellos. ¿Quiénes más podrían ser? Ellos. Los perros. Los hijoeputas. Los de siempre. Yo le preguntaba si estaba seguro, si no serían figuraciones tuyas, sí, porque a fin de cuentas era un poco absurdo... Él me miraba con cara de horror. Decía: ¿Un poco queeeeé? ¡Ay, María de las Mercedes Maldonado! ¡Tú como siempre, en las nubes, en los jardines colgantes de Babilonia! Estás más loca... Entre eso y la muerte del Nene, tan inexplicable, mi hermanito estuvo al borde de una crisis de nervios.

Entonces, un buen día, se iluminó. O sea, decidió que estaba bueno ya de ser católico, lo que para él equivalía a ser razonable en exceso, falto de pasión, de auténtico fervor religioso, y se metió a protestante. Se hizo evangelista, creo. Aunque no estoy segura. Tal vez fuese luterano, o anabaptista, o pentecostal... En realidad, no sé. Era una secta cuyos practicantes se la pasaban dando brincos y alaridos. A veces caían en trance y se revolcaban por el piso, ponían los ojos en blanco y hasta soltaban espuma por la boca, vaya, como si tuvieran un ataque de epilepsia, y consideraban todo eso terriblemente espiritual. Yo respeto las creencias de los demás, de veras que sí. Pero aquellos creyentes espasmódicos y vocingleros me ponían los pelos de punta. No podía con ellos. Cuando venían a casa, me encerraba en mi cuarto. Sí, para que no me dijeran que yo llevaba colgado del cuello un instrumento de tortura. ¡Dios mío, un instrumento de tortura! Los muy anormales se referían a una crucecita de oro de lo más inofensiva. Y si empezaban con los aullidos y los berridos, me iba al parque de la esquina y me sentaba a leer en mi banco favorito, debajo de un flamboyán. Por cierto, ahí leí un libro que ahora mismo no recuerdo de qué trata ni quién lo escribió, pero que me gustaba muchísimo en aquella época, no sé por qué. *La campana de Islandia*, creo que se llamaba. ¿No es un lindo título? Pero volvamos a los evangelistas, o quienes fueran. La cuestión con ellos es que, pese a toda la bullanga que armaban, en cierto modo ayudaron a mi hermanito. Eso hay que reconocerlo. Con sus extravagancias lo mantenían entretenido, a salvo de la angustia, el alcoholismo y las noches de insomnio. Verdad que se volvió muy latoso con lo del Señor que nos ama a todos, pero al menos dormía tranquilo de vez en cuando. Como aquella

madrugada, en vísperas del huracán Michelle, en que entré a su cuarto subrepticamente.

Cogí la linterna y el llavero, que estaban encima de la mesita de noche. Los vientos ya comenzaban a soplar con alguna fuerza, pero aún había una calorana sofocante, por la baja presión atmosférica. Solo enfriaría más tarde, cuando empezara a llover. Dudé por un segundo entre cerrar o no la ventana. Preferí dejarla abierta. No quería que el Bebo se despertara aún. ¿Para qué? Ya se despertaría más adelante, cuando la cosa se pusiera realmente fea. También me pregunté si no debía dejarle una nota. Las personas que toman la decisión que yo he tomado suelen dejar notas antes de ponerla en práctica. Escriben algo como «No se culpe a nadie...» o, por el contrario, «La culpa la tiene Fulano de Tal...», o qué sé yo. Todo eso siempre me pareció muy patético. Vamos, como si quisieran darle una suprema importancia a un acto que, si lo miramos con un poco de objetividad, no es nada relevante. Ya sé que hay otras opiniones al respecto, pero en fin. Sea cual sea el asunto de que se trate, siempre hay otras opiniones. Si algo se sobra entre las personas, es justo eso: las opiniones. De cualquier modo, yo no hubiera sabido qué escribir en mi nota sin que sonara falso o ridículo. El Nene siempre me decía que tengo talento para la literatura, pero no sé, no lo creo. Toda mi obra (¡je je, mi obra!) se reduce a cinco o seis cuentos, de los cuales he publicado solo uno, en una revista mexicana. Así que no le dejé al Bebo ninguna nota. Ahora me pregunto si, de haberlo hecho, eso no hubiera cambiado el curso de los acontecimientos. Quién sabe. Me parece que no.

En mi mente, le di un beso a mi hermanito. Y un abrazo. Y muchos besos más. Aunque yo no sea tan fervorosa ni tan pasional, tampoco soy una piedra. Me hubiera gustado tocarlo de verdad. Pero no debía correr riesgos. De manera que me despedí solo en mi mente. Le dije que lo quería mucho-mucho, a pesar de las latas evangelistas (era cierto). Que ojalá no me extrañara demasiado. Le deseé suerte con lo del permiso de salida, que le llegara pronto y pudiera reunirse con papá. Y me fui, antes de que los vientos comenzaran a arreciar y las hojas de la ventana a dar bandazos. Nunca volvimos a vernos.

Cuando salí al portal ya amanecía, aunque apenas había luz. El cielo estaba tan empedrado, tan gris, que deprimía a cualquiera. El olor a humedad era muy fuerte. De un momento a otro empezarían a caer los primeros goterones. Y luego, casi enseguida, el diluvio. Por las condiciones del tiempo,

era evidente que Michelle ya había entrado en la isla grande. ¿Por dónde? Vaya uno a saber. Si el ojo del ciclón atravesaba La Habana, de por sí tan destruida, sería la catástrofe más colosal de los últimos cincuenta años. Por un instante sentí algo parecido al patriotismo. Odié a Michelle.

Del portal salí al pasillo exterior que conduce al garaje. Las ventanas laterales de la casa contigua estaban todas cerradas. Estupendo, pensé. No quería que nadie me viera.

Abrí el portón. Ahí adentro, en el garaje, estaba oscuro como boca de lobo. Olía a herrumbre, a moho, a gasolina. Con la linterna encendida, me subí a la camioneta Ford y traté de ponerla en marcha. No era fácil. Lo logré al tercer intento. No revisé el tanque del combustible, pues ya lo había hecho la tarde anterior. Esa camioneta era una antigualla, una auténtica pieza de museo. Cada vez que un turista la veía, enseguida quería comprarla. O si no, retratarse junto a ella. O filmarla en movimiento. Verdad que se movía de puro milagro, sin que le hubieran cambiado un solo componente en más de cuatro décadas. Si no es un récord Guinness, le anda cerca.

Ya en la calle, miré por el retrovisor. El portón seguía abierto. Pero no iba a apearme para cerrarlo. Qué va. En el garaje no había nada que pudieran robarse, y a lo mejor hasta servía de refugio a alguien. Siempre hay vagabundos, pordioseros, borrachos, viejos locos que se fugan de sus casas y luego no tienen dónde meterse cuando llegan los huracanes. También hay perros y gatos callejeros. En fin, todo lo que yo deseaba era alejarme de allí lo más rápido que pudiera. A estas alturas ya había empezado a llover y el viento sacudía las copas de los árboles como si quisiera desguazarlas. De modo que arranqué veloz... bueno, más o menos veloz, rezando por que el dinosaurio Ford no fuera a darme candanga justo ahora.

Creo que rodé varios kilómetros sin rumbo fijo. Di algunas vueltas. Llegué hasta el puente de hierro del Almendares y luego regresé, por un camino distinto. No me interesaba ir a ningún sitio en particular. Solo rodaba y rodaba. La lluvia era cada vez más intensa. El viento la inclinaba ora en una dirección, ora en otra. Hacía remolinos, espirales, trombas. Yo iba un poco despacio, pero sin detenerme. Al principio tenía cierta visibilidad. Recuerdo vagamente las calles del Vedado, sombrías, desiertas, sin vehículos ni peatones. Las farolas del alumbrado público, apagadas. Las de la camioneta, igual. Yo era como un fantasma que recorría una ciudad fantasma. Por primera vez en muchos años, me sentía feliz.

El paisaje fue desdibujándose tras la cortina de agua. Era de esperarse. Nada puede un limpiaparabrisas de medio siglo contra la lluvia torrencial. Lo último que distinguí fue una silueta humana. Yo rodaba en mi cacharro de lo más beatífica por la calle 23 y alguien, no sé si hombre o mujer, iba a pie por el callejón de Montero Sánchez. O por el de Crecherie. No sé. Iba por un callejón perpendicular a 23. Se tambaleaba. Se caía de rodillas. Se levantaba, al parecer con tremendo esfuerzo, y daba unos pasos. Volvía a caerse, ahora de bruces. Volvía a levantarse. Caminaba de nuevo, con una pata coja... Hasta que la cortina de agua se convirtió en una pared de agua y ya no vi más nada. ¿Qué habrá sido de aquella persona? Jamás lo supe.

A ciegas, seguí rodando, ahora un poco más rápido. Algo *tenía* que suceder conmigo, ¿no? Estaba segura de eso. Y en efecto, algo sucedió.

De pronto, la camioneta pegó como un brinco y se detuvo. Claro que yo no tenía cinturón de seguridad. Por poco salgo disparada contra el parabrisas. De hecho, me di un buen tortazo en la frente con el timón, o con algo, no sé. ¿Qué coño había pasado? El motor seguía encendido, pero la camioneta no avanzaba. Intenté dar marcha atrás y nada, tampoco podía. Nunca se vio una camioneta más inmóvil que aquella. ¡Ni un mulo hubiera opuesto tanta resistencia! Aparte de «coño», mascullé otras palabrotas, aún más gruesas. En general no soy boquisucia. Las blasfemias, si las sueltas con frecuencia, pierden eficacia. Mejor reservarlas para las grandes ocasiones.

Mientras, un líquido tibio me corría por el rostro. Me toqué. Era sangre. Me miré en el retrovisor. La herida en la frente no lucía tan bonita. Qué raro que no me doliera. Aunque eso no tenía mucha importancia. Traté de avanzar otra vez, y nada. Se apagó el motor. Creo que si me hubiera apeado en aquel momento, quizá hubiese tenido más suerte. Pero no lo hice. Me quedé allí, dentro de la camioneta. A mi alrededor todo era agua. La lluvia repiqueteaba contra el parabrisas de un modo infernal. No sería extraño que lo reventara, pensé, y esa idea me devolvió la tranquilidad.

Lo cierto es que la camioneta se había atascado en un bache. Nada extraordinario, después de todo. Ya se sabe que las calles del Vedado, al igual que otras muchas en La Habana, están llenas de huecos, algunos muy grandes y peligrosos para cualquier vehículo. En uno de esos vine a caer. Solo con una grúa se hubiera podido sacar la camioneta de allí. Y el problema con estos baches, aparte de los atascos y los neumáticos ponchados, es que se inundan cada vez que llueve un poco fuerte. Una simple tormenta tropical

los hace desbordarse, no digamos ya un huracán. Así que el nivel del agua fue ascendiendo hasta alcanzar el motor, y este se apagó, como es natural.

Pero eso no lo supe hasta mucho después. En aquel momento no sabía ni hostia. Encerrada en la camioneta, me molestaban el olor de la sangre, tan parecido al del cobre, y el calor. Porque había mucha sangre y mucho calor. Al menos así lo recuerdo. Me preguntaba si no sería conveniente bajar los cristales, para que se fuera el aire viciado y entrara toda esa lluvia demencial y todo ese viento que rugía como los mil demonios... Entonces fue cuando sentí el otro golpe. Ese sí me dolió. Muchísimo. Pero solo por un segundo, o quizás menos. Tras el dolor, vino la calma. Una rara sensación de plenitud, de bienestar. Podía oír la lluvia y el viento, sí, pero muy atenuados, como si estuvieran a miles de kilómetros de allí. Luego me entró sueño. Poco a poco, me envolvió la oscuridad.

No tuve suerte. Desperté en la sala de emergencias del hospital Fajardo. Me habían puesto una transfusión, un suero, una máscara de oxígeno, un vendaje alrededor de la cabeza y no sé cuántas cosas más. ¡Hasta me habían cambiado el vestido por una especie de batilongo gris! Qué rabia. Mi primer impulso fue el de arrancarme todos aquellos trastos, incluido el batilongo. Pero no pude ni mover un dedo. Me sentía muy débil, mareada, con una jaqueca espantosa.

Apenas la enfermera vio que yo me había despertado, salió corriendo. Enseguida apareció un médico. Un gordo cincuentón, con cara de cumpleaños. Lo primero que me dijo fue: ¡Ajajá! ¡Así que tenemos los ojos verdes! Y se abalanzó para estudiármelos con una linternita. Luego me quitó la máscara de oxígeno y me preguntó cómo me sentía, y también mi nombre, dirección, teléfono, parientes cercanos, etc. No le respondí nada. No tenía ganas de hablar. Él aceptó aquel silencio como lo más natural del mundo. Me preguntó si yo podía oírlo. Asentí con los ojos (hacerse el sordo es mucho más difícil que hacerse el mudo, al menos para mí). Entonces volvió a ponerme la máscara y habló él. No recuerdo todo lo que dijo, solo algunas cosas. Lo que había caído encima de la camioneta era un álamo. Claro que no me golpeó de lleno con el tronco, pues en tal caso me hubiera hecho papilla. Vamos, quien haya visto álamos sabrá que pueden ser más altos que una casa de dos plantas. Este, en su caída, aplastó primero una cerca, unos arbustos, un automóvil, y al final solo tocó la camioneta con una de sus ramas. Yo llevaba tres días inconsciente. Aparte de la herida en

la frente, que hubo que suturar, no tenía otras lesiones visibles. Me habían hecho algunas radiografías y pruebas, y nada. Todo parecía estar en orden. Pero no había que confiarse. La conmoción había sido muy fuerte. Yo debía permanecer allí, en observación, unos días más. En cuanto a lo de hablar... —sonrió—, pues no había prisa. Ya hablaría más adelante. Por el momento era mejor que guardara reposo absoluto.

Cuando el gordo se fue, eché un vistazo en derredor. En la sala de emergencias había otras camas y otros pacientes, familiares de los pacientes y amigos de los pacientes y de los familiares, enfermeras y novios de las enfermeras, la que limpia el piso, la que prepara el café, el que vende pirulíes... Nada, que aquello parecía el camarote de los hermanos Marx. Todos charlaban, discutían, opinaban, interrumpiéndose unos a otros. En lo alto de una pared, frente a la hilera de camas, había un televisor encendido. A todo volumen, por supuesto. Conque «reposo absoluto», ¿eh?

Me puse a mirar la TV. Las aventuras de Michelle seguían acaparando la atención. Tras salir de acá, había continuado su paso con rumbo Noroeste por el Golfo de México, y ahora estaba acabando con la Louisiana o con la Florida, no recuerdo bien. En cuanto a Cuba, el ojo del ciclón había cruzado por el centro. A la capital solo habían llegado las bandas exteriores. O sea, la parte más «floja» del fenómeno. Lo que yo había visto en mi accidentado paseo, toda aquella furia de agua y viento, no era nada en comparación con lo que había pasado por el centro de la isla grande, al que más tarde la ONU declararía oficialmente «zona de desastre». Hacia allá se había dirigido buena parte de la prensa nacional e internacional. Las imágenes tomadas desde el aire, que aparecían ahora en pantalla, eran todo lo horribles que cabía esperar. Pura devastación, igual que en la costa caribeña de Centroamérica.

Luego transmitieron un reportaje acerca de un pueblito llamado Jícara, en la región central. Era uno de esos bateyes insignificantes que ni aparecen en los mapas. Si recuerdo el nombre es porque me hizo gracia que los lugareños se autodenominaran «jicarenses». En verdad Michelle se había ensañado con aquel sitio. No quedaba ni un bohío en pie, ni una palma, nada. El aspecto de los jicarenses era muy similar al de los damnificados centroamericanos. Entre ellos no había indígenas. Solo negros y mulatos. Por lo demás, a simple vista se les notaba la miseria, el hambre, el desamparo. Y ahora, para colmo, les había caído un huracán. Sin embargo, cuando el periodista les preguntó cómo se sentían, ellos respondieron que muy

bien. Oh, sí. Maravillosamente bien. Cualquiera hubiese creído que ironizaban, pues a fin de cuentas la pregunta era un poco idiota. Pero no. Los jicarenses hablaban en serio. ¡Se sentían muy bien! ¡Habían soportado el huracán, sí! ¡Y soportarían todo lo que tuvieran que soportar por la patria y la revolución! ¡Y lucharían contra el imperialismo yanqui, sí! ¡Hasta la última gota de sangre! ¡Y que viviera por siempre el inmortal comandante en jefe! Todo eso lo soltaron a grito pelado, agitando los puños con frenesí, como para que no quedara la menor duda acerca de lo bien que ellos se sentían. Válgame Dios, pensé, y luego dicen que yo estoy loca... En la sala de emergencias se escucharon algunas carcajadas. ¡Mira pa' eso, por tu vida! ¡Están del carajo, esos guajiros ñongos! ¡Jo jo jo! Creo que nadie reprendió a los risueños. Ya se sabe que la gente de ciudad suele ser un tanto burlona con la gente de campo.

Si de veras el gordo creía que yo iba a decirle algo acerca de mí, estaba muy equivocado. Nada le dije, ni mi nombre. ¿Para qué? No era asunto suyo. Permanecí varios días en silencio, más callada que una ostra en el fondo del océano. Él trataba de sonsacarme, cada vez más nervioso. Me decía que los pacientes anónimos no estaban permitidos, que él no era mi niñera y no tenía por qué aguantar mis caprichos, y hasta me amenazó con remitirme al psiquiatra. Pero no consiguió nada. En cuanto pude, me fugué del hospital. Solo entonces me enteré de lo otro.

Como se conoce, las bandas exteriores de Michelle causaron un sinnúmero de estragos en La Habana. Derrumbes, penetraciones del mar, gran parte del tendido eléctrico por el suelo, junto a los cables del teléfono, árboles y toda clase de objetos que normalmente no vuelan, pero que los vientos habían hecho volar. También dejaron alrededor de una decena de víctimas fatales. Eso no es mucho para una ciudad con más de tres millones de habitantes, de modo que no hubo catástrofe humanitaria. Solo que una de esas víctimas fue mi hermanito el Bebo. Encontraron su cuerpo tirado en la calle, a unas cuadras de casa. Estaba muy magullado, con fracturas múltiples, una de ellas en la base del cráneo. Qué sucedió exactamente, no lo sé. Creo que nunca lo sabré. Dadas las circunstancias, me temo que resultaría muy difícil, tal vez imposible, averiguarlo. Y para qué especular, para qué, me pregunto, si de todas formas él no va a volver...

Ahora estoy sola en nuestra casa del Vedado. Ya ni sé por qué digo «nuestra». Debe ser por la costumbre. El permiso de Inmigración aún no

llega. El amigo de papá sigue enviándome algún dinerito mes tras mes, y con eso voy tirando. La camioneta Ford, como es de suponer, después del incidente del bache y el álamo, pasó a mejor vida. Tengo una cicatriz bien fea en la frente, pero me da igual. Si la oculto detrás de un flequillo es para no llamar la atención en la calle. No soporto que los extraños anden mirándome, siempre me ha gustado pasar inadvertida. No voy a acudir a un cirujano plástico, suponiendo que esa posibilidad estuviera a mi alcance, por la misma razón que no voy a tener un perro, ni voy a ocuparme de arreglar el jardín, ni voy a intentar escribir una novela... Nada de eso tiene sentido para mí. Porque persisto en mi decisión. Vaya si persisto. Cada año, desde el 1<sup>o</sup> de junio hasta el 30 de noviembre, que es la temporada ciclónica, me dedico a ver los noticieros en la TV. Así me entero de lo mal que anda el mundo y de lo bien que está todo en mi país. Pero lo que más me interesa es el parte meteorológico. Oh, sí. No me pierdo ni uno. Como Penélope a su Odiseo, yo espero un huracán.

## «HURACÁN» DE ENA LUCÍA PORTELA: UN LETRERO DE NEÓN ROJO QUE DICE *EXIT*

Mayerín Bello | *Universidad de La Habana*

### SIETE RAZONES PARA UNA LECTURA O BOSQUEJO DE UNA POÉTICA

Resulta muy gratificante que la lectura hecha por placer devenga luego objeto de estudio, ya porque las endorfinas liberadas impelan a que uno se ocupe más conscientemente del asunto, ya porque las circunstancias en que se ejerce la profesión conminen a ello. Ambos imperativos se han dado cita aquí, convocados por un cuento de la narradora cubana Ena Lucía Portela (La Habana, 1972), pero tales convocatorias no son raras, como se deduce del notable asedio crítico al que ha sido sometido el conjunto de su obra en las más disímiles latitudes. Ello trae consigo, fuerza es confesarlo, cierta frustración: lo que descubríamos por nuestra cuenta ya ha sido dicho, y en muchos casos, muy bien dicho. Pero ánimo: siempre queda un resquicio por donde deslizar un matiz, refrendar un dictamen redireccionándolo, o, fuero de lector, intentar legitimar la propia especulación. Mas antes de irnos a la caza del «Huracán» —que, por cierto y por suerte, deja todavía muchas rachas por donde cortar— no se quiere renunciar a exponer algunos puntos explicativos de nuestro sibaritismo lector, sin ningún ánimo de exhaustividad y según el particular punto de vista de quien estas líneas escribe, salpicados por algunas remisiones pues *noblesse oblige*<sup>1</sup>.

¿Qué vuelve, entonces, tan legible y disfrutable la obra de Ena Lucía Portela?

1. La permisividad de las voces enunciadoras, cuya tolerancia y amplitud de miras nos hace sentir cómodos y liberados; es decir, su *no estar en nada*, frase muy de norma cubana, y cuyo abanico de significados incluye, asimismo, la condescendencia, el no adecuarse a un patrón exclusivo en dominios como la belleza, los códigos sociales y las diferentes variantes de

---

<sup>1</sup> La primera de ella a Araújo 2003: 82-111.

la corrección (estética, política, conductual, etcétera), sin que ello implique, en lo que a la escritora se refiere, displicencia o un escepticismo o relativismo llevados al extremo. Esta actitud se manifiesta de diversos modos en su obra. El más seductor tal vez sea el de ciertas narraciones en primera persona a cargo de seres –por lo general mujeres– que, justamente, *no están en nada*, como la Zeta de *Cien botellas en una pared*, o la Regan de «El sueño secreto de Cenicienta». Pero tal actitud no se circunscribe a ese uso narrativo, sino que puede manifestarse igualmente cuando la voz enunciativa se coloca en el personaje que suscribirá tal comportamiento, es decir, focaliza a través de él, como sucede con la encantadora Chantal de «Un loco dentro del baño», donde, dicho sea de paso, la socarrona Ena Lucía convierte la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, su *alma mater*, en sede de una singular noche de Walpurgis.

2. La densidad intertextual de su discurso, que para nada está reñido con su coloquialismo y desenfado tan característicos. Es uno de los rasgos de su escritura sobre el que más se ha insistido (Araújo 2003; Iwasaki 2014; López-Labourdette 2015; Fernández de Juan 2016, entre otros). Pero en lo que se hace hincapié es en la *digestión* que hay en su obra de ese vasto y heterogéneo mundo de referencias, y en lo *funcional* de su uso. En ella no es hojarasca, adorno, narcisismo o petulancia (como sucede en otros escritores de nuestro mundillo letrado) sino que son fibras esenciales en la urdimbre de su discurso. Esas referencias regocijan al entendido, ponen a dialogar sus escritos con la cultura universal y estimulan a informarse a quienes las desconozcan.

3. El haber logrado en sus textos de madurez el difícil equilibrio entre *historia y discurso*, lo que en palabras más simples significa que *cuenta una historia y la cuenta bien*. Se dice fácil pero el asunto, para decirlo «en estilo Ena», *no es jamón*<sup>2</sup>. A veces la balanza se inclina a favor del discurso, a veces más del lado de la diégesis, pero sin que se empobrezcan ninguna de las dos dimensiones. Para entendernos: «El viejo, el asesino y yo» le da peso a lo dicho y constituye una ocasión para el despliegue del estilo de la escritora; la anécdota, sin estar ausente, va a la zaga. En «Al fondo del cementerio», «El sueño secreto de Cenicienta», «Un loco dentro del baño», «Huracán», en cambio, la historia narrada le marca la pauta al estilo.

---

<sup>2</sup> No es sencillo.

4. El despliegue del humor, con múltiples gradaciones y modos de ejecución (Iwasaki 2014; Minjárez 2014; Álvarez 2017): coloquialismo de diálogos y parlamentos, salidas hipercultas y originales, situaciones absurdas, todo eso y muchos otros recursos alimentan la hoguera del delirio, la parodia, la ironía, el juego, en fin, *la jodedera*, que es toda una categoría en el mundo por ella concebido. Pero tal humor tiene un reverso, que entrevemos mediante el comentario grave o, simplemente, la enunciación escueta de un drama, actitudes de las que no se abusa para no caer jamás en el patetismo o el melodrama, pero que nos alertan acerca de que tras esas apariencias estrafalarias de los personajes más característicos y de las situaciones jocosas, hay dolor, pérdida de afectos, marginación, indefensión y muerte.

5. El cultivar lo que se pudiera llamar «la poética del adefesio», o lo que es lo mismo, la exacerbación de la rareza en la concepción de muchos de sus personajes (Campuzano 2004; Bello 2014; Sánchez Becerril 2015; López-Labourdette 2015), técnica expresionista que sacude y desafía al receptor, generando en él emociones complicadas, como ocurre en «Al fondo del cementerio», originalísimo, repugnante, malévolo y humanísimo cuento, ejemplo de literatura llevada hasta sus límites.

6. El modo tan efectivo y persuasivo que emplea para distanciar y reconsiderar –adulterándolo, fantaseándolo– lo que ha presentado como familiar y reconocible. Ese proceso se manifiesta de manera diferente en cada narración suya, trátase de cuento o novela. Así, partiendo de un realismo de base, la escritora lo mismo se atiene a una verosimilitud que fundamenta en muchos detalles contextuales, particularmente comprensibles para el lector entendido, léase, su coterráneo (como sucede en «El viejo, el asesino y yo», *Cien botellas en una pared*, «Huracán»), o, por el contrario, avanza hacia una deformación expresionista y progresiva de las situaciones y las conductas («Un loco dentro del baño», «Al fondo del cementerio»). Pero, asimismo, puede concretar realistamente un tema perteneciente a un registro fantástico («El sueño secreto de Cenicienta») o una trama que se desenvuelve en un escenario distante y ajeno. En este sentido, una situación especialmente retadora se le presentó al escribir su novela *Djuna y Daniel*, que cuenta los avatares de la amistad que unió a la escritora norteamericana Djuna Barnes y a su coterráneo Daniel Mahoney, y sobre las andanzas de ambos por diversos escenarios de Europa y de Estados Unidos, especialmente en el París de los años veinte y treinta. Uno de los desafíos que tuvo que asu-

mir, amén de connotar la época y la geografía, fue el manejo del lenguaje. En la mayoría de sus ficciones, ambientadas en Cuba, y/o protagonizadas por personajes cubanos, podía emplear naturalmente el español hablado y escrito en la isla, con todo su abanico de normas y registros lexicales. En *Djuna y Daniel*, por el contrario, Cuba está totalmente ausente. De modo que había que emplear otro lenguaje y «estar siempre muy, pero muy alerta, para no “cubanizar” por descuido lo que ni en broma es cubano. [...]» (Portela 2017b: 159).

7. La manera en que sus narraciones trascienden –por haber antes ahondado bien en ello– lo inmediatamente contextual y autóctono, en busca de una dimensión esencialmente humanista y universal, seductora de públicos foráneos. He aquí un dato revelador: cuando ocurrieron el terremoto y el tsunami que afectaron el nordeste de Japón en marzo de 2011, con un alto costo de vidas humanas y daños materiales, por las empatías que tenía con la catástrofe los editores de la revista nipona *Gunzo* propusieron al público lector de ese país, en acto de singular catarsis, el cuento «Huracán» de Ena Lucía Portela<sup>3</sup>.

#### LAS RACHAS Y EL OJO DEL «HURACÁN»

Es mi decisión. Mía, solo mía, y no pienso discutirla con nadie. Estoy en mi derecho, ¿no? La tomé a fines de los noventa, cuando tenía unos veintidós o veintitrés años, no recuerdo bien. Lo que sí sé es que lo hice en pleno ejercicio de mis facultades mentales, que no estaba borracha ni bajo el efecto de ninguna droga.

---

<sup>3</sup> El dato me lo ha proporcionado el colega y amigo Ryoichi Kuno, profesor de literatura latinoamericana de la Universidad de Tokio y traductor del cuento. «Yo había elegido para traducir algunos cuentos de *Bogotá 39* –me explica en un correo electrónico–, entre ellos “Huracán” de Ena Lucía Portela. En una conversación con los editores de la revista donde luego se publicó noté que ellos querían publicar algo relacionado con ese desastre. Así que “Huracán” cuadró perfectamente con ese ambiente. Apareció con el título “Hariken”, una palabra transliterada del inglés que significa “hurricane”, en la revista *Gunzo*, noviembre de 2011, Editorial Kodansha, pp. 89-93».

Así arranca «Huracán»<sup>4</sup>, *in medias res*, manejando el llamado «dato escondido» y ocultando la naturaleza de «la decisión» durante parte del relato, procedimiento que estimulará la intriga hasta que comience a emerger poco a poco la respuesta: Mercy, la narradora y protagonista, quiere morir voluntariamente de una manera peculiar, esto es, desafiando la furia de un huracán categoría cinco, la máxima en la escala de Saffir-Simpson, y aunque el acto apunta al suicidio nunca es nombrado con la palabra que lo define: «Las personas que toman la decisión que yo he tomado suelen dejar notas antes de ponerla en práctica. Escriben algo como “No se culpe a nadie...” o, por el contrario, “La culpa la tiene Fulano de Tal...”, o qué sé yo». El temor a la simplificación, la censura, o tal vez al sobredimensionamiento de las causas de su acción, podrían ser las razones que llevan a Mercy a no soltar prenda con el médico que la interroga y por las que termina escapándose del hospital sin dar cuentas de qué hacía girovagando en circunstancias tan peligrosas. Fracasada la intención de la protagonista luego de su recuperación tras el accidente, lo que parecía ser el epílogo de la narración se prolonga en la sorpresa final de la muerte del Bebo, el hermano menor, muerte que, por cierto, se ha anunciado en una ambigua frase dicha al paso y conclusiva de la muda despedida de la hermana: «Nunca volvimos a vernos».

Imprescindible aditamento de esta trama es, pues, el renovado suspense que la anima, así como el silencio ante interrogantes irresolutas: ¿Por qué mueren violentamente los dos hermanos de la narradora? ¿Quién es la figura fantasmal que aparece trastabillando en la madrugada tormentosa? ¿Qué pasó por la mente de María de las Mercedes Maldonado mientras esperaba al amanecer la llegada de Michelle? ¿Cuáles son esos antecedentes «relativamente» penales que les impiden trabajar y los marginan socialmente? A través de los silencios del argumento puede aventurarse la imaginación del lector, siempre con el cuidado de que sus conjeturas no lo conduzcan a afirmar cosas que la autora no dijo. Pero pueden ser, asimismo, tales vacíos, expresión de una atmósfera en la que flota un halo sombrío, una especie de

---

<sup>4</sup> «Huracán» se publicó por vez primera en 2006, en *Crítica. Revista Cultural de la Universidad Autónoma de Puebla* 116, junio-julio. Posteriormente ha formado parte de diversas antologías de cuentos, en español y otras lenguas. No ha sido publicado en Cuba.

moira fatídica que se aúna en un frente común, tan letal como ellas, con las violentas rachas del huracán.

Por otra parte, la historia se cuenta insertando anacronías, en particular analepsis o retrospectivas –todo el relato podría constituir una de ellas, puesto que constituye «la primera ocasión» en que se le presenta la oportunidad a la narradora para encaminar su proyecto– y a alguna que otra prolepsis o anticipación –como la velada alusión a la muerte del Bebo. El cometido principal de las primeras es proporcionar información acerca de los personajes de la familia, ninguno de los cuales tiene voz independiente en el relato, a la par que se refuerza la dominante isotopía de la muerte. La inserción de tales desvíos cronológicos está hecha con pericia, pues a la vez que son semánticamente funcionales le confieren una acompasada andadura a la narración, dosificadora de la tensión dramática. El propósito caracterológico se advierte, asimismo, en el acto narrativo productor del relato cuando la narradora da cabida en su discurso a hablas ajenas, ya con un fin lúdico (como cuando se refiere a los apuros del meteorólogo, que en la emisión televisiva sigue angustiado la trayectoria de Michelle), ya informativo: sabemos su nombre a través de la voz del hermano, reproducida por ella.

Así, muchos detalles van componiendo la historia, engrosando la trama principal, contextualizándola. Sobre este *modus operandi*, tan esencial en ella, ha expresado Portela:

La auténtica elocuencia en el terreno de la ficción no se consigue, a mi entender, con meras abstracciones o teorías, sino que se va construyendo a partir de lo individual, lo específico, lo tangible, lo que se puede palpar, degustar, olfatear... El quid, en otras palabras, está en las minucias, en esos pequeños detalles de la vida cotidiana que tan a menudo pasamos por alto porque para nosotros, los cubanos, se han naturalizado casi como el Sol, que sale por el este y se pone por el oeste y a nadie se le ocurre que pudiera ser de otro modo. (Díaz Mantilla 2017: en línea)

La trama de «Huracán» ocurre en 2001, año marcado, entre otras calamidades, por el paso de Michelle por Cuba y otros territorios cercanos. Además de la presencia del ciclón, desastre endémico, lo específico de la vida nacional va surgiendo, efectivamente, de decenas de detalles que dan cuerpo a un estrato de significación particularmente seductor para

editores y públicos foráneos, sin excluir el beneplácito del lector cubano que se reconoce en tantos pormenores de su existencia diaria. Se diseña, así, todo un mundo de objetos, conductas, prácticas sociales, instituciones, códigos de convivencia, topografías urbanas etc. que, sin dudas, pesa en y conforma las actitudes de los personajes, en especial las de la protagonista (Caamaño 2012).

De tal inmersión en lo cotidiano y familiar nos sacan algunas referencias librescas con implicaciones caracterológicas, como la de la predilección del Nene por la obra del poeta W. H. Auden, o las cultas e informadas evocaciones de la protagonista de amplio diapasón, alusiones que apuntan a la complejidad de seres que, aun siendo marginales, no se adecuan al estereotipo, además de refrendar —acusado rasgo estilístico de esta escritura— la necesidad de tales apoyaturas culturales para «airear» con brisas ajenas la autoctonía dominante en el cuento.

Es, en efecto, innegable que la atmósfera opresiva que reina en él, alimentada por la presencia de la muerte y la amenaza del ciclón, está también asociada a las carencias materiales, persistentes siempre pero particularmente abrumadoras en la década del noventa, momento en que es tomada «la decisión», y se vincula igualmente a la marginación a que son sometidos los miembros de esa familia por parte de un poder al que se evoca con el sugerente pronombre de «ellos». Todo lo cual pudo haber incentivado el sentimiento de extrañamiento que experimenta la protagonista en relación con el mundo, sentimiento exacerbado igualmente por el modo en que su cuerpo es percibido tanto por ella como por una comunidad masculina definida en bloque, sin olvidar cuánto pudo haber pesado en su desapego por la existencia su nulo desempeño social (Caamaño 2012). De todos modos, como se apuntó líneas arriba, las motivaciones reales que conducen al cumplimiento del propósito de la protagonista nunca son declaradas lisa y llanamente, y quedan, como tantas otras cosas en este cuento, en la sombra, o, en el mejor de los casos, podrían estar asociadas a una muy personal cosmovisión, que tiene muchos puntos de contacto con una filosofía del absurdo.

Podríase especular, entonces, que una vez consciente Mercy de la inutilidad de su existencia y de la falta de opciones para encaminar acciones que le produzcan algún género de gratificación, descubre que el único activismo o realización individual que se puede permitir es el de decidir y enfrentar

su propia muerte, lo que trae como consecuencia inmediata la desaparición de los miedos que tanto la atenazaron durante buena parte de su vida. No debe perderse de vista, por otra parte, una precisión que el cuento deja bien sentada: la decisión no es el mero suicidio –sobrarían ocasiones para ello– sino morir desafiando la furia de un ciclón.

#### EL HURACÁN: RESONANCIAS SIMBÓLICAS

Es de esperar que toda lectura o interpretación del cuento que se examina pare mientes en un título que no es solo un signo indicador de un fenómeno meteorológico, sino que lleva consigo un valor identitario por lo que a la región del Caribe y zonas adyacentes se refiere, además de ser portador de una dimensión antropológica y simbólica que se remonta a la representación figural hecha por nuestros aborígenes y a sus connotaciones mágico-religiosas. Tales dimensiones, como es conocido, han sido estudiadas por Fernando Ortiz en su documentado y fundacional ensayo *El huracán, su mitología y sus símbolos* (publicado por vez primera por el Fondo de Cultura Económica de México en 1947), camino por el que han transitado numerosas contribuciones que han ampliado y enriquecido los valores etnográficos, míticos y culturales del fenómeno (Mateo 2011: 91-128; Sánchez Becerrill 2011).

Así pues, aunque no sería, a nuestro juicio, totalmente pertinente una interpretación que reduzca el cuento solo a la dimensión simbólica evocada por su título, algo de ella aletea en él de principio a fin, sustentada por la centralidad del fenómeno en la narración. El huracán es objeto de una cuidadosa y pormenorizada contextualización, que va desde el parte meteorológico, su descripción científica, y el consiguiente seguimiento mediático, pasando por las medidas que su paso genera, como el corte de la luz, hasta llegar a sus efectos devastadores, ante los que se enfrentan Mercy en primer término, pero también los indígenas circunspectos y cejijuntos de Centroamérica, que parecen no esperar nada de sus gobiernos, así como los habitantes del isleño pueblito de Jícara, quienes, en abierto contraste con aquellos, declaran sentirse felices y prontos a confiar en, y a sacrificarse por la Revolución. La zumba se hace particularmente eficaz por la ironía que trasuda la hibridez del discurso.

En consecuencia, el huracán es a la vez telón de fondo y vía para acentuar la atmósfera sombría de la narración, además de constituir el verdadero contrincante de la narradora, el oponente elegido en términos de lógica narrativa.

Conscientes, por otra parte, de que se trata de una especulación interpretativa un poco más arriesgada y personal, aunque tal vez no carente de fundamento, nos parece que el cuento podría también leerse en clave existencialista –para decirlo de modo simple y rápido– y que tal dimensión de su significado termina por resultar esencial.

Ya se ha insistido suficientemente en que el conflicto o problema fundamental que el cuento tiene que resolver es el suicidio de la protagonista –asumido como una singular muerte en combate–, y en que las posibles causas se relacionarían con una poderosa inadecuación al mundo y una serena y racional aceptación de ello. En consecuencia, el relato ilustra, a través de la focalización privilegiada de Mercy, el absurdo de una existencia que, aunque es vista sobre todo en su dimensión individual, no puede desasirse totalmente de la colectiva. Sin establecerlo como condicionamiento interpretativo, la situación en que se encuentra la protagonista tiene muchos puntos de contacto con las tesis expuestas en un texto canónico del pensamiento moderno, *El mito de Sísifo* de Albert Camus<sup>5</sup>. Allí su autor ilustraba mediante un razonamiento impecable que el suicidio era la rendición al absurdo (entendiendo este como el radical divorcio entre el ser humano y su vida, y la consciencia de la gratuidad del ser) y proponía la rebelión como la posición más coherente a asumir, esto es, ser feliz, vivir intensamente, y amar la vida a pesar de su contingencia y sinsentido. En el cuento de Portela se produce un replanteo del problema mediante su peculiar modo de efectuar esa rebelión. Una vez consciente Mercy del absurdo de su existencia –la eventual fe que anuncia la cruz de oro que lleva al cuello no parece ampararla lo suficiente– decide morir, pero dando batalla a la encarnación de la muerte, enfrentando un poder atávico, vital y destructivo a la par: el mítico huracán. Habiendo fracasado, el cuento se cierra con el anuncio de un nuevo desafío que es, asimismo, la ratificación de una personal filosofía del vivir.

---

<sup>5</sup> Al respecto, véanse Labourdette 2015 y Caamaño 2012.

## EPÍLOGO PARATEXTUAL

La condición preliminar de cualquier obra literaria es esta: quien escribe debe inventar ese primer personaje que es el autor de la obra. Que alguien se traslade íntegramente a lo que escribe es una frase que se dice a menudo pero que no se corresponde nunca con la verdad. Es siempre solo una proyección de sí mismo lo que el autor pone en juego en la escritura, y puede ser tanto la proyección de una parte verdadera de sí mismo como la proyección de un yo ficticio, de una máscara. (Calvino 1980: 316-317; mi traducción)

Tal artículo de fe de Italo Calvino es persuasivo y seguramente Ena Lucía Portela lo suscribiría gustosa, sobre todo cuando sus lectores intentan validar la ecuación entre literatura y vida, y aplicársela.

No obstante, empeñados en sustentar un poco más nuestra interpretación, no podemos renunciar a hurgar en la trastienda de esta creadora y enarbolar algunas identidades puntuales y sugerentes entre este que se examina y otros textos suyos. Así, en «Alas rotas», de marcado corte autobiográfico, Portela expresa:

Conste que no soy depresiva ni tengo un temperamento melancólico ni nada por el estilo. Amo la vida. Por eso mismo, pienso que jamás debería ser un castigo. No elegimos venir al mundo, pero sí podemos decidir si nos quedamos en él o no. Veo la muerte como una salida de emergencia, la puerta lateral con el letrero de neón rojo que dice EXIT. (2017a: 175)

Y en la entrevista concedida a Daniel Díaz Mantilla para *Hypermedia Magazine*, vuelve a reflexionar sobre un problema que ha recibido con «Huracán» un tratamiento ficcional:

Fallecer no es lo peor que puede ocurrirle a uno. Si ante la visión de tu muerte no retrocedes ni cierras los ojos, a la larga acabarás aceptándola con semblante sereno e inclusive, ¿por qué no?, con una franca sonrisa de bienvenida. [...]

En lo relativo a la eutanasia, que viene siendo el «buen morir» y, por ende, una parte indisoluble del «buen vivir», no me parece una cuestión particularmente difícil desde el punto de vista de la ética. ¿Por qué lo sería? Nadie pretende obligar a algún profesional de la salud que sea, digamos, católico, a poner la inyección o a desenchufar el soporte vital. Nones. Ese profesional, como tutilimundi, tiene pleno derecho a vivir conforme a su fe y a sus prin-

cipios morales. A lo que no tendría derecho es a impedirle al paciente recabar asistencia en otro lado, pues convendrías conmigo en que nadie tiene por qué vivir –o morir– según dicten la fe o los principios morales de otra persona. (Díaz Mantilla 2017: en línea)

Tal modo de entender la existencia podría tener muchas concordancias con el de Mercy, quien, aposentada en el engañosamente sereno ojo del huracán, espera tozuda –«como Penélope a su Odiseo»– que entre sus rachas se abra finalmente esa puerta lateral o salida de emergencia que es también figura de la libertad.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, Ileana (2017): «Ena Lucía: humor y subversión de la sombra del hombre nuevo». En *Árbol invertido*, 31 de octubre: <<http://www.arbolinvertido.com/cultura/ena-lucia-humor-y-subversion-de-la-sombra-del-hombre-nuevo>>.
- ARAÚJO, Nara (2003): «Erizar y divertir: la poética de Ena Lucía Portela». En *Diálogos en el umbral*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 82-111.
- BELLO, Mayerín (2014): «De Ena Lucía Portela *ad Ephesios*». En *Mitologías hoy. Revista de pensamiento, crítica y estudios literarios latinoamericanos* 10: 129-137.
- CAAMAÑO, Virginia (2012): «Memorias del desaliento. Acercamiento a dos cuentos cubanos contemporáneos: *Huracán* de Ena Lucía Portela y *La yerba atrae a los tiburones* de Michel Perdomo». En *Revista Estudios* 25, diciembre 2012-mayo 2013: <<http://revistas.ucr.ac.cr/index.php/estudios/article/view/2728>>.
- CAMPUZANO, Luisa (2004): «Literatura de mujeres y cambio social: narradoras cubanas de hoy». En *Las muchachas de La Habana no tienen temor de Dios*. La Habana: Unión, 142-168.
- CALVINO, Italo (1980): «I livelli della realtà in letteratura». En *Una pietra sopra. Discorsi di letteratura e società*. Torino: Einaudi, 310-323.
- DÍAZ MANTILLA, Daniel (2017): «El escepticismo es un magnífico antídoto contra las decepciones». En *Hypermedia Magazine*: <<https://hypermediamagazine.com/2017/03/22/daniel-diaz-mantilla-el-escepticismo-es-un-magnifico-antidoto-contra-las-decepciones/>>.
- FERNÁNDEZ DE JUAN, Laidi (2016): «Las cien botellas de Ena Lucía Portela». En *La Jiribilla. Revista de cultura cubana* XII, 25 de junio al 1 de julio: <<http://lajiribilla.cu/las-cien-botellas-de-ena-lucia-portela>>.
- IWASAKI, Fernando (2014): «Biblioteca bailable Ena Lucía Portela». En *Mitologías hoy. Revista de pensamiento, crítica y estudios literarios latinoamericanos* 10: 139-143.

- LÓPEZ-LABOURDETTE, Adriana (2015): « El sueño de la Revolución produce monstruos. Cuerpos extra/ordinarios y aparato biopolítico en *La sombra del caminante* (Ena Lucía Portela, 2001)». En *Mitologías hoy. Revista de pensamiento, crítica y estudios literarios latinoamericanos* 12: 31-50.
- MATEO, Margarita (2011): «La ruta del huracán». En *El misterio del eco*. La Habana: Unión, 91-128.
- MINJÁREZ, Solem (2014): «Humor y autodestrucción: la construcción de la indefinición identitaria en la narrativa breve de Ena Lucía Portela». En *Mitologías hoy. Revista de pensamiento, crítica y estudios literarios latinoamericanos* 10: 33-48.
- ORTIZ, Fernando (1947): *El huracán, su mitología y sus símbolos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PAZ SOLDÁN, Edmundo (2012): «Usos y abusos del huracán», En *El boomeran(g)*: <<http://www.elboomeran.com/blog-post/117/12803/edmundo-paz-soldan/ usos-y-abusos-del-huracan/>>.
- PORTELA, Ena Lucía (2017a): «Alas rotas». En *Con hambre y sin dinero*. La Habana: Unión, 172-179.
- (2017b): «Algunos rumores sobre *Djuna y Daniel*». En *Con hambre y sin dinero*. La Habana: Unión, 155-159.
- (2009): «Huracán». En: *El viejo, el asesino, yo, y otros cuentos*. Iraida H. López (ed.). Doral: Stockcero, 97-109.
- SÁNCHEZ BECERRIL, Ivonne (2011): «El huracán de Ena Lucía Portela». En *Crítica. Revista cultural de la Universidad Autónoma de Puebla* 142: 3-9.
- (2015): « La construcción de los personajes en la obra de Ena Lucía Portela». En *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 5: 455-480.